

## ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

Había recibido órdenes *El Valiente* de vigilar una de las costas de la gran Antilla y de impedir el desembarque de gentes, armas y municiones, destinadas a los indígenas sublevados.

Teníamos delante la inmensa curva de las playas desiertas, que se confundían con el nebuloso horizonte. Anclado hacía ocho días, *El Valiente* vigilaba y se aburría soberanamente; así que, para matar el tiempo a bordo, los oficiales reunidos en el camarote del capitán contaban cuentos, historias y chascarrillos, y, una vez promovido el buen humor y la confianza mutua, cada uno por turno había llegado hasta a contar su propia novela, la novela de su vida.

El capellán escuchábalo todo con indulgencia; y conocedor de la gente de mar, cuando llegaba algún pasaje escabroso, se ponía un poco más serio, y el narrador tenía que abreviar o, dando algún rodeo, matizar su relato con algún eufemismo. Cuando se agotó la materia, tuvieron los oficiales la picaresca ocurrencia de pedir al capellán que también él les refiriese su novela. Pero él se defendió diciendo: «El sacerdote no tiene novela, y aun dado que la tuviera, vuestros novelistas no la podrían escribir.»

—Y por qué no?—exclamaron algunos en son de protesta.

—Porque son absolutamente incapaces; para pintar bien los afectos, las luchas de un alma, es menester haberlas sentido o presentido al menos.

Pues bien, los novelistas a la moderna no saben lo que es un cura, porque no han sido curas. De Zola, ese infame escritor, se cuenta que para inspirarse en una novela de ferrocarriles, vivió no sé cuánto tiempo en el *ténder* de una locomotora.

—¡Ya se necesita humor!

—Cierto, pero, para el objeto, si no era enteramente necesario, era muy conveniente. Así, para trazar la novela de un presbítero se había de empezar ante todo por ser sacerdote. Debía haberse pasado por la lenta y prolongada iniciación que comienza en la cuna en el pudoroso y tierno amor de una madre cristiana, y continúa en la infancia gracias a sus cuidados, con los que protege el alma de su hijo, afanosa, desvelada, extendiendo sobre él las alas de su amor para ocultar a sus ojos lo que pudiera mancharle, e impedir que lleguen a sus oídos palabras que pudieran profanarlos, rodeándole, en fin, de esa atmósfera casta y amante que forma los corazones vírgenes. Debía haberse proseguido la juventud en el aislamiento del mundo y de las pasiones mundanas, en el silencio apacible de los seminarios y los claustros; haberse fabricado, aun en medio del mundo, una como ciudadela o ciudad de refugio en el retiro de la casa cural, al pie de los altares y de los santos tabernáculos; allí donde espiran los rumores que turban el alma, se desvanecen los locos pensamientos de la tierra y se hielan esos fuegos febriles de las pasiones humanas. Y sobre todo debía haberse vivido con esa vida sobrenatural que modela los corazones esforzados, que doblega al hombre por el hábito del vencimiento propio, que da su verdadero valor al deber, delante del cual todo cede, que empapa el corazón en las corrientes de un amor más grande que todos los demás amores, el amor de Jesucristo, que tiene en nada la vida temporal y coloca al supremo fin de la existencia no en el féretro sino más allá, en el cielo y en Dios!

Parece que se entusiasma V., *Pater*—dijeron los oficiales.

—Pues aún no he concluido. Ahora bien, cuando se le ocurre a un sacerdote escribir la novela de un cura, desde el primer paso se encuentra detenido sin

poder seguir adelante. El cura no tiene novela, como no la tiene ninguna mujer honrada. El cura, absorbido por las ocupaciones de la caridad, de la abnegación, por el estudio; lejos del mundo, de sus diversiones, de sus locas alegrías, en el pacífico recinto de su iglesia, de su humilde casa y huertecillo, atendiendo a catequizar a los niños, acudiendo al hogar del pobre, a la cacería de los enfermos y moribundos, a la fosa de los muertos, el cura no tiene novela, no tiene tiempo para eso.

Lo mismo que le sucede a la mujer honrada, que consagrada enteramente al cuidado de su esposo y de sus hijos, a su familia, se libra por completo de los ensueños y naderías del tocador de las bellas, de las interminables confidencias de salón, de los pasatiempos de excursiones, viajes, baños de mar, etc., y, por lo mismo, disfruta de una vida tranquila, apacible, dichosa, muy llena de ocupaciones pero sin ninguna de esas situaciones anormales, de esas pasiones vehementes que constituyen sin duda la trama novelesca, pero que matan, si no la vida, al menos la virtud, el valor y hasta a veces la propia honra.

La novela del cura empieza el día en que desfallece en el cumplimiento de sus sagrados deberes, y entonces no hay que ver allí al cura sino al hombre, al hombre tornadizo, al hombre cobarde consigo mismo, al hombre caído y manchado. ¿Y para qué pintarlo así? Para eso basta fijarse en cualquiera de los infinitos miserables que no visten sotana.

A pesar de tan concluyentes razones, los oficiales insistieron en que había de contar su novela, y lo supieron hacer con tanta gracia, que el capellán cedió por fin.

He aquí, si no la suya, la novela de su amigo.

Eramos él y yo amigos de la infancia. Nuestros padres servían en el mismo regimiento, y nuestras madres se amaban como dos hermanas; habíamos cursado los mismos estudios con los mismos maestros; en fin, nuestras dos vidas eran una. Nuestros camaradas nos llamaban «yo y el otro,» recordando un libro de Maistre, de que les habían hablado. No creo que yo tuviera un solo pensamiento oculto para él, ni un solo sentimiento de mi corazón. Tenía recto juicio y muy buen corazón.

Desde los principios de nuestro año de retórica hicimos, bajo la dirección de un excelente maestro y Padre espiritual, lo que se llamaba en el colegio «unos ejercicios de vocación.» Hicimoslos como a hurtadillas y a espaldas de nuestros compañeros en los intervalos de clase a clase, o de estudio a estudio.

No conozco nada más trascendental y conmovedor que esos ejercicios religiosos en que un joven se pone cara a cara con Dios y le pregunta: «Señor, haced de mi vida lo que os agrade... Vos sois mi dueño, heme aquí pronto... ¿Qué mandáis, Señor?» Y después rompiendo mentalmente todas las lanzadas del corazón, todos los atractivos del alma, dispuesto a marchar por todos los caminos, indiferente a todo, espera y escucha.

Ahora bien, Dios responde... Responde con la misteriosa voz de sus inspiraciones y su gracia, no con voz perceptible al oído, pero sí con llamadas que hacen palpitar el corazón en el pecho, con un no sé qué, que atrae, que se apodera del alma y la cautiva, y a pesar de las rebeliones de carne y sangre la subyuga y la vence.

—¡Pero todo eso tiene trazas de sermón, *Pater!*— dijo interrumpiéndole el capitán.

—Dispense V., capitán, es el proemio de la novela prometida; pero necesariamente ha de tener algo el sabor del terruño, algo de sacristía, que indique su procedencia; no hay más remedio que resignarse.

Pues señor, reanudando el hilo, diré que cuando salimos de aquel triduo de ejercicios en que habíamos estado completamente en silencio, nos miramos el uno al otro sonriendo:

—¿Y bien?—me preguntó él.

—«Y tú?

—No, tú primero.

—No.... echemos a cara o cruz.

Yo tuve buena suerte, y él tuvo que responder:

—¡Sacerdote!

—¡Y yo también!

Al comenzar este estudio sobre lo porvenir, el primer consejo de nuestro director, el más importante según él, y sobre el cual insistió todos los días, había sido: «Reflexionad bien, maduramente, una y otra vez: no os decidáis hasta que veáis claro, pero entonces que sea para siempre y sin vacilaciones.» Nos habíamos penetrado vivamente de esto, y en verdad que lo que habíamos dicho a Dios era irrevocable para siempre y sin vacilaciones. Teníamos todavía dos años por delante para concluir los estudios del colegio; en ese intervalo qué de acontecimientos podían sobrevenir.... como sobrevinieron....

—Vamos, ya empieza a salir la novela.

—Pero suceda lo que suceda, seremos sacerdotes, y con el auxilio de Dios, como lo vais a ver, lo fuimos.

¡Sacerdote!

Para muchos hombres de nuestra época, esa palabra no evoca más que la idea de un individuo de la clase media que vive en una posición poco lucrativa, pacífica, que exige algunos sacrificios desagradables, pero que en cambio está libre de ciertos cuidados terrenos. No la desean para sí, y como tienen un corazón sensible, compadecen a los que han elegido, como ellos dicen, esa carrera.

Mas a los hombres de fe, Dios les da luces que iluminan la verdadera naturaleza de las cosas.

Para Dios, en la vida, en la humanidad, en el mundo no hay más que una cuestión, una sola, en cuya comparación todas las demás no son nada. A saber, si esas almas libres que van y vienen, y se cruzan, y se agitan en ese hormiguero humano y se disputan todos esos microscópicos intereses fútiles, visibles, que se llaman fortuna, honor, dicha, gloria; si esas almas quieren o no quieren salvarse. Para Dios no hay más que esto, la santificación de las almas. Todo lo restante desfila delante de EL como si no existiera.

—¡Vamos, de nuevo comienza el sermón!

....Déjenme proseguir....

Cuando Dios llama a un joven y le dice: ¡Sé ministro de mis altares! le asocia a su gran obra, hace de él como otro Cristo; le entrega las almas, esas almas tan amadas y por las que su Hijo derramó a poder de tormentos toda su sangre: *Pasce agnos*. ¿Y no veis lo que entonces significa esta palabra: sacerdote? El sacerdocio es el honor supremo, la más encumbrada de todas las dignidades: ¡Qué importa, pues, que en la vida sacerdotal haya horas terribles y días amargos! ¡Qué importa la soledad y la austeridad de la vida! ¡Qué importa si a lo largo del camino no va uno recogiendo más que desprecios e ingratitudes! ¡Qué importa que nos calumnien y que nos maldigan!

¡Creeis que no vale nada el estar asociado con Dios a la gran obra de la Providencia!.... ¡Creeis que nada significa sentir uno cada día en el altar que el Corazón de Cristo palpita entre nuestras manos y en nuestro corazón! ¡Creeis, en fin, que no es nada eso de salvar almas!

Pues yo os puedo asegurar que no hay nada en la tierra tan dulce, nada tan bueno, nada tan delicioso y suave, nada que mueva el corazón con palpitaciones de emoción más divina, nada que mueva a lágrimas más

consoladoras como el traer a los brazos de Dios un alma, una sola alma! Esto lo afirmo porque lo sé.

—¡Ah, *Pater*, qué lejos está todavía la novela!

—Pues nunca ha estado más cerca.

El cielo nos llamaba a los dos al sacerdocio, y era grande la alegría que se desbordaba de nuestros corazones; ni al uno ni al otro nos preocupaba nada de la tierra.

Llegaron para nosotros las tan deseadas vacaciones, y desde el colegio volamos a la ciudad en que entonces se encontraba de guarnición *nuestro regimiento*, como le llamábamos nosotros.

¡Qué alegría volver a ver a la familia! Qué abrazos y qué besos tan repetidos y tan cariñosos! Nosotros éramos ya unos hombrecitos. Nuestras madres nos cogían del brazo y nos hablaban de cosas más confidenciales e íntimas: estaban santamente orgullosas de sus hijos, y pensaban en la hora, que se iba acercando, en que ellos serían el báculo de su vejez.

El tiempo que se pasaba demasiado de prisa lo desmigajábamos casi todo en visitas de cumplimiento. Sin embargo, había un círculo de personas que en aquel tiempo me eran por extremo simpáticas.

Cinco o seis familias de oficiales habían formado una tertulia sin pretensiones, pero sumamente agradable. Los papás departían entre sí y fumaban, las mamás hacían alguna labor de aguja o jugaban a algún juego inocente, y... por supuesto hablaban siempre, y los niños, eso bien lo sabía yo, porque niño era yo entonces, corrían por el jardín, divirtiéndose con todos los juegos propios de su edad, cantando y hasta bailando...

—¿Cómo, *V. Pater* ha bailado también?

—Pero no los bailes de ahora, aquello era más sencillo y más ingenuo. Había sobre todo en aquella

tertulia una cordialidad tan franca, una intimidad tan sincera y tan total carencia de la enojosa etiqueta, que pienso no haber encontrado más verdadera amistad y más dicha ni aun entre personas que une una misma sangre. Aun ahora mismo, después de treinta años, cuando esos recuerdos vuelven, me siento deliciosamente conmovido, veo a todos y a todas, pareceme reconocer sus fisonomías, oír su voz; los llamo por sus nombres... ¡Dios mío, cuántos han muerto ya!

Pues bien, en aquella ocasión y durante nuestra ausencia, el círculo de los contertulios se había agrandado, y cuando fuimos, nos presentaron al brigadier R..., a su señora y a sus dos hijas Enriqueta y Eufrosina.

El padre con una hoja de servicios brillante y viendo relucir en lontananza los entorchados de mariscal y aun de capitán general, era el regocijo de la sección de gente grave. Su esposa, de mayor edad que nuestras madres, era por su finura y amabilidad modelo de señoras. Enriqueta, que tenía unos veinte años, estaba en medio de los dos extremos de los mayores y los más pequeños, era la inseparable compañera de una hermana mía de su misma edad. A ellas dos no les mandaban retirarse cuando había secretitos que decir, en tanto que a nosotros nos decían: «¡Id a jugar, ya volvereis luégo, en seguida.» Por lo cual nosotros nos alejábamos refunfuñando y mirando de reojo, mientras murmurábamos interiormente que ya estaría bueno lo que iban a contar allí cuando nos mandaban salir fuera.

Eufrosina, más joven que su hermana, tenía derecho a alternar con nosotros. Era una niña rubia, muy buena, muy viva, siempre sonriente, acabadita de salir como de un invernadero de rosas, del Colegio del Sagrado Corazón.

—Vamos, ya está aquí la novela.

—Pasamos bien el rato en aquella primera entrevista, y al día siguiente, que era domingo, nos volvimos a encontrar todos en misa: después nos paseamos juntos en la plaza de Armas, en donde tocaba la música del regimiento.

Allí nos despedimos de todos, porque el día siguiente, lunes, era el término fatal de nuestras vacaciones y había que volver al colegio.

—Mi amigo no era el mismo.

No tardé mucho en notarlo, además de que él se apresuró a decírmelo.... Eufrosina le había hechizado, y por encima de los versos de Horacio y de Virgilio, por encima de las fastidiosas páginas del Gradus y por delante de las cifras blancas de la tiza sobre el negro tablero de matemáticas, por todas partes y siempre flotaba delante de sus ojos una imagen, la de Eufrosina.... encantadora!

—¿Y lo era en verdad?

—Pues.... he vuelto después a ver su retrato en una fotografía que ya amarilleaba, y cierto que no parecía una maravilla.

Desde ese día empezó para mi pobre amigo la consabida historia de los primeros amores con sus timideces, sus risibles tonterías, sus ensueños embelesadores, sus locos temores, sus desesperaciones a lo Werther y.... otra vez volver a empezar con nuevas esperanzas. En todos sus cartapacios, en la margen de todos sus libros y en todas las clases de estilo y de rasgos aparecía una letra escrita de su mano, la E. Naturalmente escribió elegías y endechas, y como nuestro profesor nos ejercitaba en todo género de composiciones poéticas; siempre las encabezaba con: «Dedicado a E....»

Al sorprenderle en estos desahogos de su pasión no podía a veces reprimir la risa; y él se enfadaba y

se quejaba amargamente de mí, no pudiendo entender cómo se pudiera nadie reír y menos yo de lo que llenaba su corazón.

¡Pobre amigo mío!

Paseábamos bajo la ilera de árboles del patio en que teníamos los recreos, y después de larga conversación le interrumpí bruscamente y le arrojé a la cara esta pregunta que decidía de nuestro porvenir:

—¿Luego no piensas entrar en el seminario? ¿no piensas ordenarte?

Me miró fijamente por largo rato como si quisiera penetrar en mi alma, y después con voz firme pero conmovida profundamente:

—Sí—me respondió—mi resolución es irrevocable; iofreceré a Dios este sacrificio!

—¿Pero, entonces por qué alimentar en tu corazón?....

—No prosigas, sé lo que me vas a decir, sé que tienes razón, ¿pero qué quieres?... ¡la amo!

—Pues bien, cástate.

—¡No!—Y añadió bajando la cabeza y con triste acento:—yo obedeceré, ya lo verás.

—¡Ah!—exclamó sonriendo el capitán—ya sabemos lo que eso significa; lo de los pilluelos de la calle, que no pudiendo entrar en espléndido comedor del *restaurant*, miran al escaparate y tienen que contentarse con el olor.

—¿Y quién no sabe eso? Esa es la historia del hombre, tan vieja como el mundo.

«¿Por qué no coméis de ese fruto?» preguntó el tentador a Eva.

Eva respondió: «Dios nos ha prohibido cogerlo.»

Buena respuesta.... Mas entonces, ¿por qué seguir contemplándolo, por qué deleitarse en su hermosura?

Este es el eterno problema del pobre corazón humano. Desde luego se presenta delante el deber rodea-

do de claridad. «Dios me lo prohíbe... yo obedeceré,» y esta voluntad es sincera... pero si es, ¿por qué detenerse, por qué no huir? No, el fruto fascina, ¡es tan hermoso! y los ojos se vuelven a mirarlo. Ejerce una atracción que parece irresistible; uno se acerca: «No, no lo cogeré, Dios me lo veda, yo obedeceré.»

Y hé aquí que llega hasta los perturbados sentidos el perfume del fruto... ¡es tan delicioso su olor!... ¡Pero tienes que huir, pobre corazón, tienes que huir! «¡Oh, déjenme gozar siquiera de su aroma unos momentos; no, no alargaré la mano a cogerlo, y eso es lo único que Dios ha prohibido!»

—¡Otra vez volvemos al sermón!

—No, vuelvo a mi tema. ¡Ah! por qué no hemos de tener siempre a nuestro lado un corazón recto, una mano ruda y firme para arrancarnos y alejarnos de la fascinación de los frutos prohibidos?

¡Qué dédalo de confusiones y contradicciones es el pobre corazón humano! Durante dos años largos estuve presenciando esta lucha en un corazón que a penas tenía dieciocho años; he visto sus combates, sus derrotas, sus victorias, sus tormentos, sus sacrificios... sus locuras. Sí, sus locuras; pues locura era e imprudente y cruel desvarío tejer así con sus propias manos tan fuertes lazos, diciendo al mismo tiempo: «ya la romperé.» Locura es soñar con un imposible... Mas quien no tiene compasión de esas locuras, no entiende una palabra del corazón humano...

¡Pobre corazón que, no digo a los dieciocho años, sino toda la vida no hace otra cosa que soñar con lo imposible! Este lo gasta, lo consume y lo mata.

Así le vi agitado por olas contrarias en el flujo y reflujo incesante de las influencias del cielo y la tierra. «Ven,» le decía Dios. «No vayas todavía,» le decía su corazón. «Todavía no es hora.» Y cada día su corazón hablaba más alto. Y cada día la voz de Dios se

iba amortiguando más. Y sin embargo siempre respondía por último: «Yo seré enteramente de Dios.»

En las horas más críticas de lucha, un deseo dulcísimo se insinuaba en su alma... ¡Ah! ¿y si no me llamara Dios?... Pero Dios le llamaba siempre. ¡Qué de veces le vi al pobre llorar!

Sobre su sueño de amor se extendía una sombra. Bien sabía que amaba a Eufrosina, pero ¿ella le amaba a él?

Lo más sencillo hubiera sido preguntárselo; mas a los dieciocho años, ingenuo, desmañado, como lo son todos en esa ingrata edad del hombre, era también lo más embarazoso. Bien hubiera querido que yo me encargara de averiguarlo, pero yo me negué en absoluto para no empujarle hacia adelante en aquel callejón sin salida. Por otra parte, aunque nuestras madres nos dejaban en mucha libertad, no por eso dejaban de vigilarnos muy de cerca; siempre estábamos todos juntos, y una entrevista a solas, por breve que fuese, provocaría en seguida serias reprimendas.

Una circunstancia inesperada satisfizo sus deseos. Durante las vacaciones de Pascua todos habíamos puesto en nuestra habitación nuestros altarcitos a la Virgen. Y se convino en que habíamos de ir todos juntos a verlos. Pues bien, en una de esas visitas, mientras que formando círculo todos los demás se aproximaban para ver mejor y admirar los adornos de flores, mi amigo alargó a hurtadillas su mano hacia Eufrosina, y ésta la estrechó vivamente en la suya.

Ni una palabra se dijeron; nada más que aquel apretón de manos, pero se entendieron en seguida. Y desde entoces sus ojos se dijeron lo que no se atrevían a decir sus labios. Cuando volvimos al colegio mi amigo llevó consigo una hoja de laurel que ella le

había dado sin ser vista, y en la cual con puntos de alfiler había escrito E.

Pasó el invierno y la primavera sin que bajase la fiebre; y a veces me preguntaba: ¿Cómo concluirá esta peligrosa aventura?

—Este idilio, señor capellán, no sea V. demasiado severo.

—Es que cuando en estas cosas interviene de un modo especial Dios, yo tengo miedo.

A los fines de agosto y dos días antes de que nosotros volviésemos del colegio, la señora del brigadier moría, víctima de un ataque de tisis.

En aquella casa de luto no había ya lugar sino para la tristeza y las lágrimas; nunca olvidaré cómo se me oprimió el corazón cuando al ir a dar el pésame, vi entrar en el oscuro salón al brigadier, encorvado, desconocido, rojos los ojos de llorar, y detrás de él Enriqueta y Eufrosina, pálidas y envueltas en sus crespones de luto.

El brigadier me abrazó estrechándome fuertemente contra su pecho. «¡Ella te quería mucho! ¡mi pobre María! me dijo. ¿ya rezarás por ella, verdad? porque yo.... no sé rezar.»

Después de un instante de conversación de esa tan difícil de sostener en los duelos, me llevó al jardín y me enseñó un macizo de *lobelias* azules, en cuyo centro con flores botones de oro había escrito: María.

—Para ella lo había sembrado—añadió—desde su cuarto lo podía ver.... Después de una pausa exclamó: «¡Nada! esto me mata sin remedio; no tardaré en reunirte con ella.... Porque.... ¿no sabes? así me lo ha dicho ella misma. Esas fueron sus últimas palabras: no te apenes, hijo, antes de un año vendrás conmigo!....»

En nuestras reuniones de entonces no vimos a las dos hermanas nunca, pues el luto muy riguroso en aquella población sólo les permitía ir a la iglesia.

Mas pasado el tiempo prescrito por la costumbre se mitigó un poco el rigor, y sin asistir todavía a las reuniones, acompañaban a mi madre que las quería mucho, en algunos paseos que dábamos por las afueras. Mi amigo, que nos acompañaba, las volvió a ver con este motivo lo menos dos veces. En una de estas ocasiones habiéndonos alejado bastante e internado por senderos cubiertos de árboles llenos de sombra y de cantos, pues estaban poblados de ruiseñores y de alondras, nos detuvimos por fin al borde de un lago o estanque muy famoso por sus anguilas. Mientras que nos freían algunas cuantas hechas trozos que saltaban de la sartén, para el campestre almuerzo, nos sentamos en la mullida yerba. Las mamás, un poco lejos, hablaban entre sí; yo procuraba no estorbar contemplando el paisaje.

Aquella limpia superficie de agua que se extendía delante de nosotros tan tranquila que a penas formaba ligerísimos pliegues a impulsos de la tibia brisa que movía mansamente los cañaverales; la calma solemne de la naturaleza turbada tan sólo por el monótono canto de las cigarras, y allá a lo lejos por las aguas que caían en cascada por la presa de un viejo molino abandonado.... todo nos impelía en alas de apacibles ensueños, y pareceme que todos soñábamos algo.

Había infinidad de margaritas entre la yerba.

—¿Vamos a preguntar a las margaritas?—dijo Eufrosina—y cogiendo una la entregó bonitamente a mi amigo.

El la fue deshojando lentamente, pétalo por pétalo, con cierta inquietud y zozobra....

«¡Mucho!» —dijo la flor al llegar el último pétalo.

—¡Ah!—exclamó Eufrosina—¿con que hay quien le ama a V. mucho y V. piensa en ordenarse?

Mi amigo turbado por aquel súbito e inesperado ataque la miró.... y no dijo nada.

Tocábale a Eufrosina entonces deshojar su margarita.

«Nada»—dijo la flor en su último pétalo.

—Ah, ya caigo....—repuso Eufrosina—ahora todo se explica.

—Eufrosina, Eufrosina—murmuró mi pobre amigo a media voz e inclinándose hacia ella—esa flor ha mentido.

Yo me di cuenta de todo porque no estaba lejos.

—¡Vaya, vaya!—dije sonriendo—que no está para ternuras el tiempo.

—Caballero—exclamó Eufrosina encendida como la grana y con gracioso mohín—es muy feo, muy feo, eso de escuchar lo que se habla. Aunque teniendo buenas orejas....

Yo agaché las mías bajo el peso del femenil ultraje y, como las anguilas estaban ya bien fritas y preparadas, el incidente no pasó adelante.

Algunos días después al salir yo de oír misa de la iglesia de Santa Clara, me tropecé en la portería del convento con Eufrosina que hablaba con la hermana tornera. Dirigióse a mí y me preguntó: ¿quiere acompañarme hasta casa? Por el camino hablaremos.

Acepté el ofrecimiento, esperando que ni mi madre ni el brigadier llegarían a saber nada. Tenía muchas cosas que decirme, y me propuso una vuelta por fuera de las murallas, un verdadero paseo. Pues bien, todo lo que me vino a decir estaba contenido en su primera pregunta: Dígame V. con franqueza, ¿cree V. que su amigo será cura?

Yo le respondí sinceramente, friamente, cruelmente, y la herí en lo vivo; pues eché de ver, a pesar de su velo, que lloraba. Procuré consolarla, pero fue en vano; de sus labios se desbordaron palabras de des-

peración envueltas en sollozos que se esforzaba en ahogar.

Yo estaba conmovido; me inspiraba tal interés y compasión, que hubiera querido manifestársela, pero no me venían las palabras. Aquel «corazón destrozado,» «vida marchita en flor, para siempre marchita.» Aquel: «¡no! ¡todo se acabó para mí! mi primero y mi último amor» que me lanzó al fin con un tono de voz que parecía salir del fondo del alma y aun creo que añadió: «esto me matará.» Todo aquello lo veía yo y lo oía por primera vez en mi vida y no se me ocurría una sola duda; todo lo creía como creía en mi mismo, como se cree en esa edad. Yo no sabía entonces que hay muchas Eufrosinas que a punto ya de morir vuelven fácilmente a la vida.

Cuando me separé de ella, mi emoción era profundísima, y ya solo, volviendo a desandar el camino que habíamos recorrido juntos, me preguntaba a mí mismo: ¡Pero Dios mío, y si llega a morir! Y recordaba cierta novela que había leído, en la que en efecto alguien llegaba a morir de aquello!

—Vamos, *Pater*—dijo el capitán—se conoce que entonces al menos era V. un bienaventurado.

Nada dije a mi amigo de este paseo y cómo había sido confidente de Eufrosina; mas desde abril hasta agosto, cuando yo le veía triste en el colegio, pensaba que también ella lo estaría, y no podía menos de compadecerlos.

Llegó el momento de despedirnos para siempre del colegio; y al partir animosos, esperanzados, me dijo estrechándome la mano:

—Hé aquí las últimas vacaciones de nuestra juventud.... Después yo cumpliré mi palabra, los dos nos ordenaremos.

—¡Mucho cuidado! mira que estás jugando con fuego. Dios Nuestro Señor vino en su auxilio una vez más, interviniendo con el desengaño de la vida como lo suele hacer.

Cuando llegamos, el pobre brigadier R... consumido por el mismo terrible mal que su mujer, y ocho días antes de cumplirse el triste aniversario de su muerte, acababa a su vez de morir.

El que «no sabía rezar» había muerto cristianamente con el crucifijo sobre su corazón, rodeado de oraciones, de sus dos hijas y de mi madre.

Enriqueta y Eufrosina habían quedado huérfanas. Acudió una hermana de su madre, y a los tres días levantó la casa y se las llevó consigo para consolarlas en la suya.

Todavía me parece que las veo despedirse sollozando. Eufrosina me encargó que llevara coronas fúnebres al cementerio a la tumba del padre y de la madre. «Todos mis ensueños se han disipado,» me dijo en voz baja al partir, «dígame V. que al menos ruegue alguna vez por mí...»

— Mi amigo y yo entramos en el seminario.

Llevó a cabo su sacrificio con decisión y empezó su nueva carrera, ajustándose a los reglamentos, a las costumbres, a los ejercicios todos de la vida sacerdotal con perfecta generosidad. Y Dios le recompensó, dándole en torno paz y alegría. Sin duda que el recuerdo de Eufrosina se le presentaba de vez en cuando, pero sin perturbarle y sólo para darle pie de renovar una vez más el sacrificio.

Un día de esos de melancolía indefinible y ¿quién no los conoce? este pensamiento le sobresaltó: «¡Quién sabe! ¡si ella fuera desgraciada!... ¡huérfana!... sola en el mundo!... ¡si llegase a enfermar... a morir!» Abrióme en esta ocasión, como siempre, su pecho, y yo pro-

curé tranquilizarle; aunque después de aquella íntima confianza de Eufrosina ya no las tenía todas conmigo.

El recuerdo de nuestro paseo y de aquel corazón inconsolable, sus lágrimas, su desesperación, y aquella muerte lenta, la muerte de un corazón fiel y amante, me hacían daño en el corazón.

— Habían pasado seis meses; estábamos de vacaciones. Le vi venir hacia mí apresurado.

—¿Sabes lo que sucede?

—Tú dirás.

—Hace un instante he pasado por el cuarto de mi hermana...

—¿Y qué?

—He visto sobre su mesa una carta abierta...

—¿...?

—He conocido la letra... no he podido resistir... he hecho mal, pero...

—¿De Eufrosina?

—¡Tóma, lee!

Empecé a leerla; al principio fruslerías... de muchachas... ¡Después!... ¡Pero era verdad lo que leían mis ojos! ¡Leí y releí! No había duda, mis ojos no me engañaban... Eufrosina, la inconsolable Eufrosina a quien yo daba casi por muerta, Eufrosina vivía, sin embargo, y hablaba de un Alberto, de *su Alberto*, acabadito de salir de la Escuela de Estado Mayor, rubio como ella, simpático, etc., etc. Todo lo demás se adivina.

—¡Todas son así!—murmuró por debajo de sus espesos mostachos el viejo lobo de mar.

Yo miré a mi amigo; el pobre sonreía, aunque no sin cierta expresión amarga.

—¡Has visto!—me dijo—Vamos, no se ha muerto; ya estoy por completo tranquilo. ¡Bien hemos hecho en seguir a Dios que no se muda! Yo no sabía que decir: «¡Alberto, *su Alberto*!» y la escena junto a las

murallas se despertaba con toda su vividez en mi imaginación y todavía me parecía oír aquella frase desesperada: «¡Todo se acabó para mí! ¡Esto me matará!» ¡Seis meses habían bastado para aquel cambio! Ahora sonrío al recuerdo del estupor que me causó aquel descubrimiento; experimenté entonces una desilusión sin igual. Eufrosina me pareció excepcionalmente odiosa.

De entonces acá, el conocimiento del corazón humano me ha llevado a dulcificar mis juicios, y sin llegar a decir *todas*, como V., mi capitán, ya en casos análogos la sorpresa va considerablemente disminuyendo. La costumbre y repetición me va volviendo cada vez más perdonador e indulgente.

Dios Nuestro Señor continuó su obra comenzada, que llevaba trazas de ser inexorable y le dio por fin término.

Llegó el instante para él de la decisión suprema de la consagración a la Iglesia y a Dios por solemne juramento.... ¿Vino el tentador a silbarle al oído el nombre de Eufrosina? lo ignoro; pero la víspera, la víspera precisamente de su ordenación sacerdotal recibió una carta con súbore de luto....

Eufrosina había muerto a los veintidós años ... del mismo mal que se había llevado a su madre y a su padre.

Dos años después me enviaron al colegio de San José en B.\*\*\*, para enseñar gramática.

En aquella ciudad había muerto Eufrosina.

Me ocurrió ir a rezar sobre su tumba... mas ¿cómo dar con ella en los tres cementerios que tiene la población? Me pareció lo más acertado buscar primero a Enriqueta. No fue, eu verdad, cosa fácil durante algunos días. Por fin tropecé con alguien que me dijo: Sí, señor, hemos conocido a esas dos señoritas. No

muy lejos de aquí vivían. La más joven ha muerto; y después la mayor se retiró al Carmelo....

¡Enriqueta, carmelita!

Aquel mismo día estuve en el convento.

—Hermana—dije a la religiosa tornera—quisiera hablar, si se puede, con una de vuestras hermanas. No sé qué nombre habrá tomado en religión; en el mundo se llamaba Enriqueta R....

—¡Oh señor—exclamó la religiosa!—¡nuestra querida hermana Santa Teresa! ... ¡Hace un mes que Dios la llamó a sí!

—¡Muerta también!

No pude dar con la sepultura de Eufrosina, pero a la entrada de un estrecho cercado en donde se elevaban algo sobre el musgo varias cruces sin nombres, pude leer: «Sepultura de las religiosas del Monte Carmelo.»

Allí recé por ellas.

Allí recé por él.

Y cuando me puse de pie, por encima de los pensamientos tristes que se levantan siempre de en medio de las tumbas, un pensamiento vivificante y grande se elevó hasta los cielos; lo que él y yo habíamos dicho el día en que bajo las tijeras del obispo cayeron al pie del altar nuestros cabellos:

*Dominus pars haereditatis meae et calicis mei, tu es qui restitues haereditatem meam mihi.*

«Oh Señor, vos sois mi única herencia, el cáliz de vuestro amor es el que yo quiero beber, porque sois fiel en vuestras promesas y lograré la herencia de los cielos.»

Al llegar aquí el capellán en su narración hubo un momento de silencio.

—¿Y la moraleja del cuento?—se atrevió a insinuar uno.

—¿La moraleja? ... Bien a la vista está. Es necesario ir siempre en derechura del deber y no andar vagueando por otros caminos. El que se retrasa o se aparta del camino derecho empieza por ser culpable y acaba por ser engañado. También se podría sacar otra moraleja, pero... no me digan Vds. que esto es sermón. La consideración de que en esta vida se muere la gente muy pronto y se mueren todos, y en consecuencia no estaría de más pensar en la otra vida, en donde nadie se muere.

La noche cada vez más oscura y *El Valiente*, inmóvil, afianzado en sus anclas lanzaba a largas distancias las proyecciones de su foco eléctrico, barriendo el mar y pintando con lívidos resplandores las crestas de las olas. No se escuchaba más que el chapotear del oleaje en los acerados costados del barco y el sordo rumor de las olas en la cercana costa, que parecía gemir como gime el viento entre el ramaje de los bosques.

Todo era tristeza y oscuridad en el mar y en la tierra. En el cielo se veía el pestañear de millones y millones de estrellas que brillaban tranquilas en sus inconmensurables alturas, y como compadecidas miraban pasar debajo de ellas la tierra en su incesante viaje por los espacios.

VICTOR VAN TRICHT  
S. J.

